

Roberto Brenes Mesén

Poemas de Jaime Torres Bodet

HAY tibias noches cuya respiración parece cargada con el oloroso verdor de las arboledas, traspasado aquí y allá por el fugitivo trinar de pájaros que recitan sibilinos encantamientos para seducir la lluvia. No sacuden el aire las alas de la tormenta y sólo es profunda la silenciosa paz de las arboledas. Todo invita a aligerar el corazón de angustias para escuchar mejor un distante murmurar de aguas invisibles. *Poemas* de Jaime Torres Bodet es un paisaje espiritual de virtudes semejantes; deleita, nos deja una paz serena en el alma, aun cuando a cada momento atraviesan las frondas y la noche flechas luminosas que parten hacia lo alto.

Por la dulzura del trino, jilgueros son estos poemas; por su fragante brevedad, pétalos de rosa. Y tal es, en compendio, toda la estética del poeta. Es decir, son de una lírica clásica.

Y en efecto, en más de una ocasión he pensado en el Cancionero de Stúñiga y en el de Baena, por la casticidad de la lengua siempre, por la sutileza de la emoción y de la idea, a veces.

La brevedad de la canción es la nota dominante de toda esta poesía, que a veces tórnase canción pura, como en *Río*. Mas allí donde aparece clara toda su estética, toda su aspiración de artista es en el conjunto que el poeta llamó *En Abril*:

Dame, Señor, la fuerza de un pétalo de rosa
capaz de sostener el perfume de un bosque.

.....

Corta, abrevia, resume.
¡No quieras que la rosa
dé más que su perfume!

Este anhelo de brevedad y de compendio ¿es flor de su instinto artístico? Quizás si sea su experiencia de poeta. La inspiración muy a menudo es sólo un fugaz relámpago y para que la obra quede iluminada con ese fulgor hácese preciso abreviarla. Derramadas sus fúlgidas aguas apenas si dejan intermitentes fosforescencias.

Era esta la experiencia de Coleridge cuando declaraba que la verdadera inspiración poética se traducía mejor en los poemas breves; de donde Poe tomó pie para exponer toda su teoría del poema corto como el único realmente posible. «Es mi opinión —decía Poe— que un poema extenso no existe. Un «largo poema» es simplemente una cándida contradicción de términos».

Y la poesía contemporánea parece justificar la observación de Poe: los poemas que mejor se recuerdan, que mejor han expresado sentimientos humanos no son de larga extensión.

Los de Torres Bodet pudieran escribirse en hojas de mirto o en alas de mariposa. Porque alados son, porque un despedazado arco iris brilla en ellos. Los suyos son versos hallados, descubrimientos felices, cacerías afortunadas. Tal es la impresión que su poesía produce, porque por ninguna parte se vislumbra el esfuerzo. Voces de manantial son sus versos. Lo flúido, lo cristalino, lo no aprendido, lo misterioso de la fuente, todo eso hace la esencia de esta poesía. ¿Qué alianza existe entre la poesía y las aguas, que desde la más remota antigüedad ciertas fuentes fueron sacras y revelaron a los hombres que bebieron en sus aguas una sabiduría divina? ¿Escondieron los dioses en ellas secretos maravillosos que les infiltran potencias extrañas para hacerlas medicinales o infundirles el don de exaltación, el encanto de la voz, las pulsaciones de la vida?

Pues sólo con el hablar fluyente de las aguas puedo comparar esa gracia de los poemas de Torres Bodet. Cada sensación que en su alma cae blandamente como hoja de sauce en arroyuelo, le deja un recóndito murmurar sutil que crece y se hincha hasta brotar en versos de ritmo fácil y dulce. Es este rasgo de líquida espontaneidad lo que le relaciona con los poetas de los viejos cancioneros. Es algo que me parece interesante en la sucesión de los escritores mexicanos. Entre ellos surgieron precursores del Modernismo y entre ellos amanecen estos otros artistas en quienes parecen como fundidas las sobrias adquisiciones del Modernismo con las límpidas tradiciones de los áureos días de la literatura española. No es una reacción, es una fusión, es algo realmente nuevo que me parece llevar en sí un virtual florecimiento de la poesía en no distante porvenir. Lo desconocido es el campo de la ciencia. Cada descubrimiento hecho por ésta es un pequeño avance en lo infinito ignorado. Y aquí es donde la poesía realiza su misión de revelar al mundo las misteriosas relaciones de las cosas, de las ideas y de las almas. En este sentido la poesía irá adquiriendo cada vez mayor profundidad, porque el sentido musical de la palabra y la emoción del ritmo, que han sido grandes contribuciones del Modernismo, se pondrán al servicio de las trascendentes emociones del alma, de las ideales percepciones del espíritu para crear una vez más la grande, la verdadera poesía que se anuncia en el Continente.

En Torres Bodet se tiene una vislumbre de esa poesía. Una ligerísima, vaga bruma vela a veces las imágenes de las cosas evocadas por el poeta, con lo cual se realza su encanto porque se deja mayor libertad a la emoción para actuar en nuestro ánimo. Porque no se trata de oscuridad de pensamiento; antes por el contrario, su diafanidad es de mañana limpia. La impalpable bruma forma como un halo de emoción en torno de las imágenes suscitadas.

Cuando dice:

¡Ah quién me diera ese verde

que da luz a la esmeralda,
recogimiento a la fuente
y hondura leve a la playa!

o cuando pinta:

amarillo de campo sin cosecha
—no de glorioso atardecer de trigos—
amarillo de adiós en las ventanas...

el elemento emotivo es superior al pensamiento con que la despierta. Y el poeta es consciente de esa forma en su arte, porque ha escrito al principio de su libro:

Que se olviden las palabras
pero que dure la voz!

Más que lo dicho, es *el tono*
el que explica la canción.

El tono es precisamente la emoción. De él queda suspendida la sugestión como de la alta rama el nido de oropéndola. Pero ¿encontrar el tono? Allí es donde entra la sensibilidad del poeta.

Ahora bien, este arte que busca el tono es delicado, traduce los matices del sentimiento, las finas y leves coloraciones de la idea. Pero ¿es todo el arte? ¿Es toda la poesía?

Por ejemplo, en el segundo poema del conjunto que se titula *En Abril, El Puente*, leo:

¿Cómo se rompió de pronto
el puente que nos unía
al deseo, por un lado
y por el otro a la dicha?
Y ¿cómo en mitad del puente
que a pedazos se caía

su alma rodó al torrente
y al cielo subió la mía?

Aquí hay algo más que el tono. La idea se hace símbolo por encima del tono. Es el turbio torrente de la vida para ella, para él es el cielo de la aspiración ideal y del arte.

En el poema *Encuentro* dice:

Estabas en mí—esperándote—
cuando te conocí.
Estaba ansioso de mí mismo
imperfecto, increado, en tí.

La brevedad es de un aforismo hermético; la psicología es honda y la explicación se lee en aquellas maravillosas páginas del *Symposium* de Platón cuando el interlocutor Aristófanes expone el origen del amor. Aquí también hay algo más que el tono. Toda la canción es la palabra. Dicho de otra suerte, el arte es tan amplio como la vida; como la vida en todas sus formas y en todos sus mundos. Una fórmula que abarque esa amplitud de la vida será la única que pueda incluir todas las posibilidades del arte. Así para esta inteligencia sutil que percibe leves modulaciones de las voces de los seres y discierne los matices de las cosas y las emociones, toda la estética se resume en el *tono* de la canción. Y su estética será infalible en él. Pero nada más que en él, o en quien poseyera su temperamento, su sensibilidad, su fantasía.

La fineza y la seguridad de sus sentidos imprimirían a su arte una coloración genuinamente realista sin el todopoderoso influjo de su amor de ideal, sin su concepción poética del mundo. Se deleita con los paisajes y cosas de la naturaleza, pero su amor de ideal ha dado a sus ojos una videncia extraña. Sus ojos proyectan la visión de las cosas presentes hacia la distancia. Lo pasado y lo lejano son su Aretusa y su Castalia. Ese es su secreto de idealización. Así una muchacha pasa vendiendo naranjas. Esta sensación la proyecta hacia el pasado y las

naranjas devienen su infancia: la muchacha no vende naranjas, anda vendiendo su infancia. No es esto un procedimiento deliberado, es la espontánea asociación de sus emociones y recuerdos. La sensación presente torna su fantasía, como chal contra el viento, hacia un pasado indefinido, hacia una indecisa distancia y aquí encuentra la inexhausta fuente de su poesía. Los países y ciudades extraños, los muebles viejos, los jardines abandonados, los versos olvidados, todo esto es de embrujado hechizo para el poeta. Por un poder de fantasía, característica del poeta, transmuta con frecuencia sus percepciones y combina para el mejor efecto de su poesía, los colores y las formas con las abstracciones. Verde, azul, amarillo son los colores predilectos de sus abstracciones:

Azul de primera tarde
de primavera...
¿A qué versos de otra edad
huelas? ¿A qué vivo ramo
cortado, al anochecer,
entre la luna del campo? (*Azul*).

Verde es el *recogimiento de la fuente, la hondura de la playa, es amarillo el adiós en las ventanas*, a la hora del crepúsculo.

No son esas reminiscencias de Rimbaud, ni de Verlaine, ni de las coloreadas sinfonías del Modernismo; es un genuino modo de sentir las cosas. Para mirarlas y comprenderlas como todo el mundo, este poeta está obligado a velar su fantasía.

Sin embargo no es una alma extravagante; animan su ser generosos sentimientos. En sus horas de reflexión sobre la vida estaría dispuesto a recoger para sí el llanto universal. Ama la soledad, el silencio, la oscuridad, no por desamor a los hombres, sino por amor de poesía, por falta de ambición de gloria. Fray Luis de León huía del ruido mundanal. Torres Bodet no quiere hacer ruido.

Vivir porque la vida no puede renunciarse,
pero hacer el menor
ruido posible...

En el parque la pareja de novios hace abriñeñas todas las cosas de la tierra, la atmósfera, las ramas del jardín, el corazón del poeta que se hincha de ternura. Esta es la bondad nativa del poeta, delicada y sin egoísmo. E igual se muestra en el bello cuadro que titula *El Puerto*, del cual estaría tentado a citar la segunda estrofa si no fuese tal manera de proceder tan contraria a todo noble concepto de la unidad de la obra artística. En su alma hay un anhelo de amar con pureza, con la sola exaltación del corazón, sin el murmurar ni los rezongos de la pasión, que se confiesa a solas.

Abril es un poema lleno de encanto, así por el sentimiento como por la pureza de las imágenes. Es la tarde un acento nada más en las flautas profundas de la encina. Los dos enamorados se olvidan de sí mismos en la contemplación de una estrella. Echaron a andar, «en la tarde religiosa, bajo el silencio negro de los nidos, hacia el río de olores de la rosa». Y caminando hacia la noche «por la margen de luz de la pradera, parece que esa tarde, lentamente» fueron «a sepultar la primavera». Aquí el *tono* de la canción es de dulce melancolía, la muerte de la primavera de un amor, como en *Otoño*, donde se oye ese mismo acento, es la muerte de la vida misma.

Mas no siempre es tan sencilla su alma. Posee las complicaciones de las almas que han viajado a través de las edades en las barcas de otros cuerpos.

En la mujer amada hay una mujer distinta que es la que busca su amor. Los mismos besos que parecen el símbolo de la unión son la separación de las bocas que se tocan porque el poeta piensa en la otra, en la mujer ideal que se ama en ésta. Apenas se tiene entrevista la ideal, la inalcanzable, la que vinimos a buscar sobre la tierra, pero su presencia espiritual dentro del alma contribuye a intensificar nuestro deleite en el amor. (*Puerto*) Cuando la mujer de carne acentúa su presencia con

muchas risas, muchos cantos, con excesiva animación, se abre para el poeta, entre setos de monotonía, la vereda del hastío. (*Sordina*) Desea entonces menos. ¿Compara quizás con la rica variedad de tonos de aquella otra mujer inasible, capaz de reproducir en sí los cambios íntimos del poeta, como cambian de color las aguas del mar en armonía con las nubes del cielo? Llega un momento en que las almas ya no se comprenden, aun cuando los cuerpos todavía se enlazan. En el recinto de la alcoba pueden girar, correr por años, en busca uno del otro, sin encontrarse nunca. (*Ruptura*) Es verdad que se habla de cosas fútiles, tras los cristales de la ventana se ve el desfile de la vida, se tiene en la mano la muerta frialdad de otra mano; mas sube a la boca una onda de amargura: la ponzoñosa amargura de no comprenderse ya. (*Hoy*) cuando habría sido para ambos tanta dicha que él la hubiese adivinado y ella lo hubiese sentido. (Epilogos-2).

Es esta la complicación resultante del juego de las emociones en relación con los ideales. La observación interna es justa, exacta en México tanto como en París. Paul Gerald y en *Tú y Yo* exhibe rasgos similares. La *Invitación* de Torres Bodet me ha traído el recuerdo de escenas semejantes en Gerald.

Torres Bodet posee un ojo pictórico, de aguda sutileza, pero se complace en una sensualidad imaginativa y fina, sin que deje aquí y allá de introducir una comparación gráfica de la vida diaria, casi banal, como cuando dice: «Con el cerebro lleno de tabaco como una sala de billar».

Un bello cuadro ha pintado en la *Invitación*. En el alma de este poeta hay rincones sombreados de helechos, regados de manantiales, jardinillos cargados de fragancias, en donde se llenan de ritmos y de aromas sus versos.

Sin embargo no es el poder de descripción, ni la fina observación de la naturaleza lo que constituye el valor de su poesía; es la posesión de un cierto sentido armónico que le abre el mundo superior de la poesía eterna, es su potencia imaginativa que da diafinidad a la imagen—como puede verse en *Tu nombre*—es su respeto por la emoción, por el sentimiento que

dan carácter a la poesía de todas las épocas, es la nitidez de sus imágenes realizadas por la gentileza del pensamiento como cuando en *Confianza* escribe:

«que el silencio es, en ciertas mujeres,
una fronda cargada de nidos».

La última estrofa de ese poema es una resurrección de una cámara iluminada por un sol otoñal. Y de allí al sentido ligeramente simbólico el tránsito es insensible, como se ve en *Lejos*, que me ha traído a la memoria el *Corazón Carpintero* de Heine. En este poema corren paralelamente las imágenes reales con las de orden moral, con lo cual se alcanza esa poesía de realidad idealizada que constituye la esencia de toda buena y verdadera poesía. Ni falta el indefinible acento de misterio, la vaguedad de un simbolismo lejano, como aparece en *Columpio*, o en esa atrayente balada, germánica que el poeta llama *Las tres hermanas de la reina*, donde el recóndito sentido se hace turbador. Al comenzar del ser, sobre la playa de la vida, las tres hermanas cierran el anillo de oro junto al mar, y al caer la tarde, divorciados los corazones, sólo hay dispersos fragmentos del anillo; cada hermana con una voz, mas ya no existe el armonioso coro que brotaba de un mismo corazón.

Fuerza dramática hay en *La flecha*, suprimida la segunda estrofa, innecesaria y por lo tanto lánguida. El vuelo del pensamiento es alto. La primera, la tercera y cuarta estrofas contienen una poesía esencial, con el tinte oriental de los *Rubyat*. La filosofía del poeta está llena de encanto, por sus adivinaciones, por su penetración, sin arreos de filosofía, como en *Impaciencia*:

«Estamos, esta noche,
tendidos al futuro,
como dos arcos trémulos
en un brazo robusto.

Flechas iguales vibran
en los dos arcos mudos.
¡Ay, si partieran juntas!
se rompería el mundo!»

Si las dos almas, iguales en su origen, partiesen juntas y siempre iguales, el mundo cesaría de ser el equilibrio, la armonía del cosmos quedaría para siempre rota. Esa diversidad es tan esencial como la unidad para la existencia del *Universo*.

La misma profundidad hallo en *Desamor*, donde se adivina aquel sabio aforismo de la *tabla esmeraldina*: lo de arriba es análogo a lo de abajo para la armonía del conjunto. Por tanto hay en el corazón un cielo y una tierra y, como se enseña en los evangelios de todas las religiones, ha de morir para la tierra cuando anhela vivir en los cielos. Apagado el ardor de los sentidos, que es de la tierra, queda aún la noble atmósfera de la estima durable, del recuerdo feliz de lo que fué, y la más sutil reminiscencia de lo que pudo ser, todo lo cual pertenece al cielo del corazón. Aquí hay, pues, la sutileza de aquellos epigramas que son la deliciosa poesía de la *Antología Griega*.

Todo está en nosotros—afirmaba la filosofía platónica; basta que nosotros recorramos las galerías de nuestra alma, para que como en los salones de vastísimo museo, encontremos el conocimiento apetecido. El poeta adivinado, dice: «Hasta qué parte de mí mismo—tendré que ir para encontrar—el secreto de tu belleza—y la verdad de tu bondad?». No intenta buscar en el alma de ella, sino en la suya propia, seguro de que allí encontrará la explicación de todo. Y en el *Don* sonríe el misticismo poético de Gerson o de San Juan de la Cruz: «Todo cuanto poseo se encontraba—oculto en mí. Pero faltaba darlo—Era fuerza. Faltaba hacer gracia del don, para gozarlo».

La rebelión del alma entre las durezas de la vida, de la desigualdad social es asunto para la oratoria, pero Torres Bodet, en su poema *En la hacienda* ha logrado revelar una poesía pura, hecha de emoción, como ha de ser toda poesía, sin razonamientos ni prédicas de orden alguno. El tono de este poema

me trae a la memoria nuestros viejos buenos romances españoles. Aquellos que tratan del amor y de los placeres sencillos de la vida.

El libro de Torres Bodet posee el encanto singular de ser poesía pura, sin que turben su onda plácida las ideas doctrinarias de ninguna clase, de ningún color.

Sus descripciones de la naturaleza, breves por el carácter de sus poemas, son compendiosas, a veces limitadas al pictórico epíteto. Su sensibilidad es delicada, su emotividad intensa, sin egocentrismo fatuo. Su expresión es siempre transparente y aunque aquí y allá alzan el vuelo las alondras de robustos pensamientos, en general no puede afirmarse que se haya el poeta propuesto realizar una poesía de hondos arranques. Su

obra es delicada, fina, de un refinamiento noble que deriva

de la gentileza de sus facultades poéticas, puesto que

no daña, ni siquiera altera la espontaneidad de

esa vena que fluye con el melodioso encanto

de la voz de las Musas que inspiraron las

canciones de los ruseñores de Sicilia.